

Junio 1995

Política

¡Hay que tumbar el régimen!

ALVARO GÓMEZ HURTADO AGITA LOS VIENTOS DE UNA CONSPIRACIÓN PÚBLICA. DICE QUE EL ACTUAL SISTEMA POLÍTICO ES EL CAUSANTE DE TODOS LOS MALES DEL PAÍS, Y QUE LAS REFORMAS NO SIRVEN PARA NADA. LA ÚNICA SOLUCIÓN ES TUMBARLO. ¿PERO CON QUÉ SE REEMPLAZARÍA?

Cuando el establecimiento político se encuentra sacudido por una tormenta que anuncia reformas a diestra y siniestra, su instinto es para aliviar la poltre-hambre nacional. Alvaro Gómez Hurtado plantea otra cosa: tumbar el régimen.

¿Sorprendente? Hay que recordar que hace cuatro años, muchos colombianos se sorprendieron, primero, de que este declarado enemigo de la Constituyente se hiciera elegir para participar en ella, y segundo, de verlo tejiendo allí alianzas con el jefe del M-19, grupo que lo había secuestrado en 1988. Y quizás en el presente reportaje se

encuentren más sorpresas aún, por ejemplo la de su simpatía por fenómenos políticos como el del padre Bernardo Hoyos en Barranquilla y ahora los de Ananías Mockus en Bogotá y Edgar George en Cartagena.

Hacía tiempos que en el país no se escuchaba eso de "tumbar el régimen". El vértigo político del mundo en los últimos años sepultó el ímpetu revolucionario de hace tres décadas, cuando cabalgaba por América Latina el sueño de

derrocar los gobiernos capitalistas e instaurar el socialismo. Naturalmente que en boca de Alvaro Gómez, que nunca ha tenido ni un pelo de marxista ni de izquierdista —aunque el comunismo ha sido "mi contemporáneo, mi compañero de viaje de toda la vida"—, aquella expresión ha de significar algo diferente. Para que nos explicara qué quiere decir para un conservador doctrinario como él, "tumbar el régimen", fuimos a buscarlo en su casa.

Lo encontramos en un recinto envidiable: un salón copado por buena parte de la cultura universal vertida en libros, los cuales apenas

Cristóbal Ospina

si ceden espacio a un sillón y dos poltronas, un pequeño escritorio de madera con el encanto de lo viejo, y un equipo de sonido alimentado todo el día con un gusto tan ecuménico que va de una melodía popular colombiana a todo Bach y todo Mozart y todo Beethoven, pasando, ¡otra sorpresa!, por el rock, que él considera interesante por su complejidad musical, aunque no lo soporta en videocintas porque las convulsiones de esos intérpretes de cabellos femeninos le parecen vulgares.

El periodista y el político que ha sido y será Alvaro Gómez saltan presurosos y apremian para entrar en materia. Y como él lleva tantos años haciendo propuestas políticas e intentando ser el propio ejecutor de ellas, nuestra primera pregunta aludió a la credibilidad que el país

pueda concederle hoy día, y él la pasó con elegancia, sin acusar la irreverencia: "La gente me dice que sí tengo credibilidad, que por qué no digo más, pero yo no tengo opinión sobre eso porque soy muy modesto".

—¿Cuál es la génesis de su propuesta de tumbar el régimen?

—Recordemos que yo fui constituyente sin ser partidario de la convocatoria. Yo sostuve que con la Constitución de 1886 se podía gobernar bien. No hubo más remedio que enfrentarse a la convocatoria de Gaviria para hacer un "revolución institucional", lo que era una falta de respeto con la inteligencia humana. Hicimos una coalición para impedir el revólver y sacamos adelante una Carta en la que logramos trasplantar muchas de las cosas de la de 1886. Hici-

mos, entonces, una Constitución con la cual se puede gobernar bien, y yo quedé contento. Sufrí mucho durante todo el tiempo porque tenía la sensación de estar aprobando cosas inconsistentes. Pero cada semana nos reuníamos los de Salvación Nacional y mirábamos lo que estábamos haciendo, y al final lo que quedó nos pareció bueno, como Dios en el séptimo día de la Creación. He estado defendiendo esta Constitución en todos los escenarios, y me va bien.

—¿Aun con sus fallas?

—No le reconozco fallas. Es que la Constitución no hace política: permite hacer política. Y la política consiste en hacer un buen gobierno. Uno no puede decir que la Constitución dejó deshonesto a la gente porque no prohibió la deshonestidad. Le echan la culpa a la

Se está desbaratando el país, y el culpable es el régimen que transa las leyes con los delincuentes, soborna al Congreso, tiene preso a Samper...



Constitución de las cosas que son originadas en la política, así como antes culpaban a la de 1886.

—Pero ahora se está incubando una reforma constitucional.

—Es que tenemos una situación político-social muy mala. Se nos está desbaratando el país, y hay que buscar quién es el culpable de eso. Pero no es el Gobierno: el Gobierno es un impotente. No es el Congreso, aunque es malísimo. No

son los jueces. que no pueden hacer justicia. Es el conjunto. es lo que yo llamo el régimen. Es todo un régimen opresivo. que está usufructuando los gajes del poder y que naturalmente no se quiere dejar modificar. que no le importa que haya leyes porque está por encima de ellas. El régimen transa las leyes con los delincuentes. influye sobre el Congreso y lo soborna. tiene preso al Presidente de la República... Samper es una persona llena de buenas intenciones. pero está preso por el establecimiento. No puede hacer nada. está rodeado de intereses creados. Con los jueces pasa lo mismo. Y el Fiscal no es independiente: ahí está haciendo cosas por mandato de Estados Unidos. Es al régimen al que hay que tumbar. Si me dicen: "Pero usted está conspirando", yo respondo: "Pues tal vez sí". Es que hay que tumbar este régimen que nos gobierna. porque se nos ha vuelto como el de México —allá ha durado 66 años. aquí llevamos como doce—. Mientras tanto, no sacamos nada con cambiar la Constitución. La Constitución la podemos utilizar es para disolver el Congreso. como lo hicimos en 1991; esto forma parte de la política de tumbar el régimen.

—¿Y qué pasará con esas reformas que ahora se le están ocurriendo a todo el mundo?

—Eso no tiene ninguna impor-



FOTOGRAFÍA: MAURICIO ANGEL

Hay que limpiar la política e instaurar un régimen fundado en las solidaridades y no en las complicidades. Un buen ejemplo es el gobierno de Inglaterra.

tancia. Esas son manipulaciones periféricas. El mal no está en las sábanas. El mal está en el régimen, que todo lo corrompe. Lo de fondo es tumbar el régimen.

—¿Y cómo se tumba el régimen?

—Mire: tendremos dos años y medio sin elecciones. y eso es bueno. Después vendrán las elecciones de alcaldes, y ahí podemos empezar a tumbar el régimen. Y después vendrá la barrida total, que tiene que ser en las próximas elecciones presidenciales. Es una tarea lindísima, patriótica.

—Pero en unas elecciones se cambia el Presidente, no el régimen...

—Por eso hay que disolver el Congreso. hay que vigorizar el sis-

tema acusatorio que yo propuse en la Constitución. independizar el Fiscal y darle medios para juzgar. para que concluyan las investigaciones.

—Entre paréntesis: ¿por qué está entrabada la Fiscalía?

—Porque no se aprovechó su creación para remozar el sistema sino que se le impuso el personal de la antigua Policía Judicial y de los jueces de instrucción. con todos sus vicios, o sea que el régi-

men aprovechó para aumentar su burocracia. Y lo que ha ocurrido es que hoy todo el país está acusado: todos los funcionarios, todos los alcaldes. Lo último que estamos viendo es un Fiscal que acusa a todo el que aparece por ahí en las esquinas. y la persecución del delito no existe y entonces se está desacreditando. Así no se puede. Hay que darle seriedad al sistema acusatorio.

—Resumiendo: ¿hay que volver a reformar la Justicia, el Congreso. la Presidencia?

—Un poco. Pero lo que hay que cambiar es el régimen. Y esto significa un cambio inclusive humano. Si logramos derrotar el clientelismo en las próximas elecciones

- grandes, y sacar un Congreso distinto, se podrán hacer buenas leyes. Pero hay que tener un triunfo electoral contra el régimen, contra todos los que integran el régimen y que están dentro de una red de compromisos en la cual lo que vale no son las ideas ni las solidaridades sino las complicidades. El régimen busca las complicidades porque esa es su manera de perdurar, convence a la gente de que es sincero amigo de ella, pero con soborno, como se vio en la Administración pasada y como de pronto se está viendo todavía.

—Aún no hemos definido qué es el régimen.

—El régimen es un conjunto de complicidades. No tiene personería jurídica ni tiene lugar sobre la Tierra. Uno sabe que el Gobierno existe porque uno va a Palacio y alguien contesta, que resulta ser por ejemplo el Presidente de la República, y va al Congreso y ahí sale su presidente, pero el régimen es irresponsable, está ahí usando los gajes del poder, las complicidades. El Presidente es el ejecutor principal del régimen, pero está preso. A mí me da pena repetirlo, pero el Presidente es un preso del régimen. El régimen es mucho más fuerte que él, tiene sus circuitos cerrados, forma circuitos cerrados en torno de la Aeronáutica Civil, de las obras públicas, de los peajes, y en ellos no dejan entrar ninguna per-

En las elecciones de alcaldes podemos empezar a tumbar el régimen, y después vendrá la barrida total en las presidenciales. Es una tarea patriótica.



ona independiente. La Junta del Banco de la República es independiente, por eso todo el régimen y todos los periódicos oficialistas están tratando de tumbarla. Y por eso es que todo el mundo quiere tumbar a Mockus. El alcalde Mockus está haciéndolo muy bien, está ocupando un espacio que le ha quitado al régimen, le ha quitado al manzanillismo el espacio de Bogotá, y eso es una maravilla administrativa, así como antes se logró quitarle al manzanillismo del régimen el espacio de Barranquilla y del Atlántico y ahora probablemente el de Cartagena.

—¿Y qué tipo de nuevo régimen se implantaría?

—Un régimen limpio. Hay que limpiar la política, y con eso ya se tiene un resultado concreto: un régimen establecido sobre las solidaridades, no sobre las complicidades. Ese es el objetivo.

—¿Ese tipo de régimen tiene ejemplos en el mundo?

—Sí, hay muchos gobiernos limpios en el mundo. Por ejemplo, el gobierno inglés...

—...¿Y el peruano, acaso?

—Sí, el del Perú es otro ejemplo.

—¿Y qué orientación económica tendría?

—La política marca la orientación económica.

—Pero el régimen tiene unos dueños...

—Es la clase política, son los que están dentro del sistema.

—Y usted ha formado parte de la clase política.

—No, yo siempre he sido un parlamentario independiente.

—Y ahora les canta la tabla a los demás.

—Sí, por eso están un poco asustados de que yo vuelva a decir

que lo que hay que hacer otra vez es disolver el Congreso. Nosotros disolvimos el Congreso democráticamente con un éxito formidable. la gente nos aplaudía en la calle. Y Gaviria y su ministro de Gobierno le distribuyeron 30.000 millones de pesos a la clase política que habíamos disuelto, y salieron elegidos los curuleros que están ahora, que son peores que los del Congreso que disolvimos.

—¿Usted sí cree que esa clase política se deje derrotar?

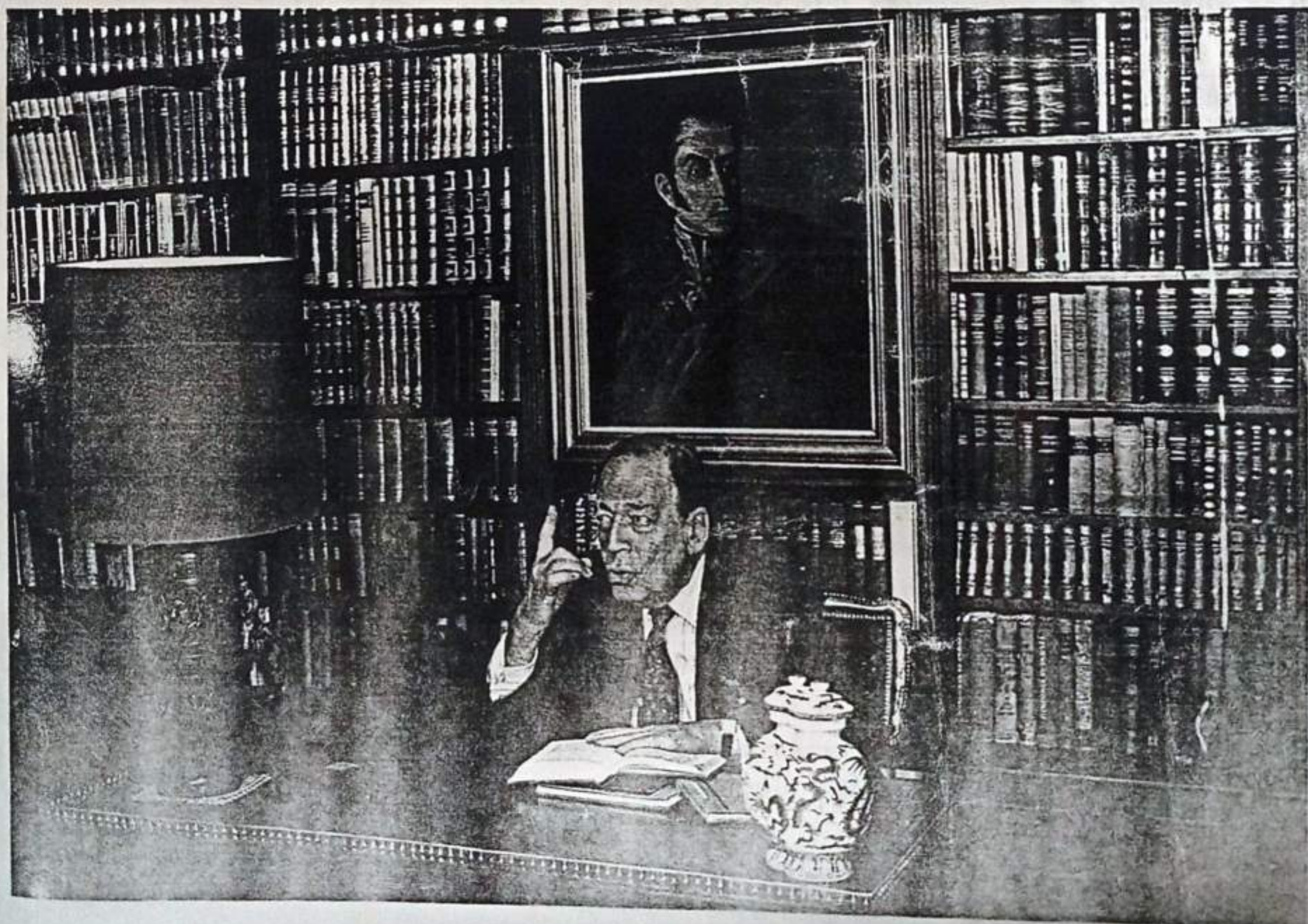
—Es difícil. No se deja derrotar: se deja comprar, y uno no tiene plata para comprarla. Entonces vamos a ver cómo se hace, quitándole espacio por un lado, y de pronto con una reforma constitucional que nos permita disolver el Congreso buscando la opinión pública. Yo sí creo todavía en la opinión pública, en un gran movi-

miento que tenga como propósito tumbar el régimen. Eso ya es bastante política.

—¿Piensa que se debe promover un referendo para revocar el Congreso?

—Sí, y ganar todas las elecciones que haya. Así como se ganó en Bogotá, se puede ganar en otras partes para ir sacando el régimen y tumbarlo. Esa es la gran política para lo que va quedando de este

La clase política no se deja derrotar: se deja comprar, y uno no tiene plata para comprarla. Entonces hay que quitarle espacio apelando a la opinión pública.



FOTOGRAFÍA: MAURICIO ANJEL



—Es curioso que en Colombia no pueda haber, como hay en casi todo el mundo, partidos de oposición organizados.

—Eso es meterse dentro del régimen. En México hay partido de oposición, pero está sobornado por el PRI, le pagan para que subsista, para que haya oposición y poder legitimar el régimen. Y eso es lo que quieren aquí, que haya un estatuto de la oposición y unas buenas personas que se dejen sobornar

—Decisión.

—¿Nada más?

—Ante todo, decisión.

—¿El líder puede ser usted?

—Puede ser otro.

—¿Ese planteamiento de tumbar el régimen no es subversivo?

—¡Claro! Es elogiosamente subversivo. Pero hay dos subversiones distintas: ésta, que es un concepto del Estado, y la subversión de la guerrilla, que es una subversión para cobrar rescates.

Lo de *tumbar el régimen* puede ser subversivo, pero no es como la subversión de la guerrilla para cobrar rescates. Y para liderar el derrocamiento se necesita es decisión.

siglo, y no sé si se alcance a hacer en este siglo.

—¿Y los partidos políticos?

—Los partidos no existen... El partido liberal no está pudiendo ser ni siquiera un partido de gobierno, siendo mayoritario, porque no tiene consistencia. Y el partido conservador lo que quiere es que le den unos puestos para estar en el régimen.

¿Qué les pasa a los conservadores? Que no hablan. ¿Y por qué no hablan? ¿Uy, por los riesgos! Así no se puede.

Entonces lo que hay que hacer, es sin los partidos. Yo soy conservador y no tengo partido porque éste no existe. Yo siempre he dicho que hay mucho conservatismo pero no hay partido conservador.

para fingir que están haciendo oposición. Atacar al Gobierno o al partido liberal es una bobería, la política no se puede achicar así. Lo histórico, lo que tiene porvenir, lo que le abre ventanas a la democracia para que entre el aire, es tumbar el régimen.

—¿Usted se empeñará en esa tarea?

—Yo no me meto en política cuando no tengo algo que proponer. Ahora estoy proponiendo esto, pero naturalmente que no es un compromiso que tengamos para dentro de unos meses. El compromiso es crear la conciencia de que mientras exista este régimen, al país le va mal.

—¿Qué se necesita para liderar el derrocamiento del régimen?

—¿El país sí tiene salvación?

—Sí: tumbar el régimen.

* * *

Queda bien claro: Alvaro Gómez no quiere hablar de otro asunto que de tumbar el régimen. Al hacerle esta observación en el momento de despedirnos, él sonrió y evocó el cuento de Juanito, a quien la profesora le mostró el dibujo de un objeto para que lo identificara como lo acababan de hacer sus compañeros, pero él dijo: "Es una mujer desnuda, profesora", y ella sorprendida le preguntó por qué decía semejante cosa, y Juanito le respondió: "¡Es que sólo pienso en eso!".

* Soy libre. Ediciones Gamma, p. 31.